

## CAPITULO PRIMERO

### LA FAMILIA Y LA EDUCACION

SUMARIO.—Los antepasados y el hogar.—Los estudios en Talca.—Las humanidades en el Instituto Nacional.—Barros Arana.—Primeros esbozos literarios.—Verso y prosa.—*El Murmurio*.—"El Emigrado".—Influencia de Montesquieu y de Condorcet.—El Bachillerato.—En la Escuela de Derecho.—Pobreza.—El profesor de historia.

#### I

Valentín Letelier Madariaga procedía de una extensa familia de Talca; pero nació en Linares el 16 de diciembre de 1852. Linares era entonces una ciudad incorporada en la provincia de Maule y sólo mucho más tarde, en 1873, llegó a ser cabecera de la provincia de su nombre (a). La familia Letelier era de origen francés, y de las más antiguas en su tierra, seguramente de los tiempos galos. El apellido de sus antepasados se escribió *Le-Tellier*. Uno de ellos emigró a Chile en el siglo XVIII y aquí fué *Lothelier*, pero sus descendientes adoptaron después la firma hoy conocida. Gregorio Letelier, el padre del sociólogo, era un agricultor de buena fama en la comarca del Maule; pero sus negocios vinieron a menos de año en año, a medida que el número de sus hijos aumentaba. La madre, Tránsito Madariaga, era de ascendencia vizcaína. El fundador de este linaje en Chile vino en los co-

---

(a) Se ha dicho más de una vez que, hacia mediados del siglo XIX, Linares dependía de la provincia de Talca. Es un error. Linares dependía de la provincia de Maule; y por ley del 11 de diciembre de 1873, esta provincia se dividió en dos: Maule y Linares. Véase R. ANGUIA, *Leyes Promulgadas en Chile*, t. II, p. 335.

mienzos del siglo XVIII y fué el tesorero real Francisco Madariaga, descendiente de infazones de pro (b).

Se ve por lo expuesto que Valentín Letelier llevaba en sus venas corrientes de sangre galo-vasca; y si hemos de creer a los doctrinarios de la herencia bio-psicológica, más de alguno de los perfiles de su carácter se explicaría, en parte a lo menos, por la estirpe de sus ascendientes. Así, la perseverancia en el trabajo y en la prosecución de un plan de vida; el tono contundente de sus escritos, apenas templado por la lógica; la seguridad de sí mismo y la tendencia hacia el aislamiento; la rigidez en su conducta y en sus juicios; la brusquedad de su trato, que sólo la simpatía y el amor a los suyos suavizaban, serían acaso manifestaciones difusas de la herencia ancestral.

No entra en nuestros propósitos hacer caudal de esta psicología. Nos remitimos a los estudiosos de la especialidad. Agregaremos, eso sí, que en su familia Valentín fué el tercero de los once vástagos nacidos del matrimonio de sus padres. La carga de estos numerosos hijos no tuvo poca influencia, sin duda, en el descalabro financiero que complicó desde la infancia la situación de quien había de ser el más representativo entre sus hermanos. A la liquidación de los negocios siguió la parálisis crónica del padre, y muy pronto la dispersión de los hijos, bajo el tutelaje de la madre, que hacía esfuerzos supremos para la conservación del hogar. Todos se trasladaron primeramente a Curicó, donde tenían deudos cercanos; pero Valentín se fué a instalar en Talca, al amparo de una pariente de su padre,—doña Rita Letelier,—la cual regentaba un colegio propio. Allí cursó el niño desde las primeras letras hasta los ramos del primer año de humanidades, cuyos exámenes rindió válidamente, como estudiante libre, en el Liceo de la misma ciudad.

Aunque parezca prolijo, no está de más establecer el hecho de que en todas las pruebas a que el niño Letelier se presentó, en 1865 y 1866, obtuvo votaciones distinguidas. Los ramos eran religión, geografía, historia antigua, historia griega y aritmética. En este último la comisión del Liceo lo distinguió unánimemente. Así consta del cuaderno formado en su oportunidad para optar al Bachillerato en Filosofía y Humanidades. Fué de seguro el

---

(b) Cons. J. T. MEDINA, *Diccionario Biográfico Colonial de Chile* (Santiago, 1906); y A. FUENZALIDA GRANDÓN, *La Evolución Social de Chile* (Santiago, 1906) pp. 145-6.

resultado de esos exámenes lo que decidió a su madre para hacer el sacrificio de enviarlo a Santiago, a cargo de otro pariente, con el objeto de que completara los estudios secundarios en el Instituto Nacional.

## II

Cabe aquí preguntarse si este provinciano de las comarcas del Maule, donde en el paisaje se alternan los llanos, los cerros y las corrientes de agua como sobre un ancho tablero,—con el telón oscuro de los Andes al fondo,—cabe preguntarse, decimos, si este provinciano no guardaría muy adentro alguna vaga sensación de la fuerza y feracidad de esa tierra en que sus padres tuvieron tan vitales intereses. Hijo de agricultores, el campo, la serranía y el bosque hubieron de ser los paisajes habituales de su infancia; tras primaveras y veranos luminosos, se sucedían los inviernos largos, húmedos y fríos; las nieves estaban a la vista, allá en la altura; y acá abajo, la naturaleza en reposo. Así, ya a pleno sol, ya a todo viento, vigorizó su cuerpo y su espíritu; y adquirió acaso el recio tono de seguridad, de agudeza y de calma que en sus actitudes se advertiría después (c). Para los socio-geógrafos no cabe duda de que el clima y el paisaje imprimen carácter en quienes soportan aquél y sondan éste día a día, durante la primera edad; y no es, por cierto, un hecho desconocido el que las ciudades capitales se depuran y renuevan con el aporte de las almas sanas que constantemente se les incorporan desde la campiña. La permanencia en Talca fué para el niño la etapa inicial de esa incorporación. Santiago iba a ser la etapa definitiva.

Letelier ingresó al segundo año del Instituto en 1867 y allí permaneció hasta fines de 1871. Hizo regularmente los cinco

---

(c) En una especie de cuento, bajo el título de *El Emigrado*, que se conserva inédito y al que aludiremos en páginas siguientes, finge el autor encontrarse en uno de los campos de su niñez, con las que habían sido su ama y su hermana de leche,—esta última llamada Genoveva,—y escribe: "Genoveva y yo recordábamos a cada momento nuestras comunes entretenciones, cuando salíamos a correr por el campo, cuando cortábamos las flores, cuando perseguíamos las mariposas, cuando reñíamos por obtener la primacía en el encuentro de los nidos de aves; y venía Celedonia (el ama) a cortar nuestras disputas infantiles, contentándonos a ambos y obligándonos a abrazarnos".

años de estudio que le faltaban para tener opción al Bachillerato y poder seguir una carrera universitaria. En este período se decidió el rumbo de toda su vida. Dirigía el Instituto entonces Diego Barros Arana. Bien sabido es lo que significó para ese colegio y para la educación en general el rectorado del célebre historiador. Desde 1863 hasta 1873 trabajó él allí por modernizar los métodos y el contenido de los estudios, por estimular el aprendizaje y la lectura libres, por implantar el conocimiento de las ciencias físicas y naturales, por seleccionar el profesorado, por desarrollar entre los alumnos las mejores prendas morales de la cultura laica,—franqueza, hombría, lealtad, iniciativa, desprendimiento de sí mismo,—y en fin, por borrar las supervivencias de las formas docentes que se venían trasmitiendo desde los tiempos coloniales. Letelier aprovechó de tal renovación educacional durante los años en que ella justamente llegaba a su apogeo; recibió en el Instituto la más amplia y animadora educación que le hubiera sido posible adquirir en la época; y guardó para con el maestro que presidía aquella agencia de emancipación espiritual, un cariño, una gratitud y una admiración entrañables.

Dentro del aula el joven provinciano asumía una actitud reservada; era retraído y concentrado, pero de una dedicación ejemplar. Entre los profesores se le reconocía talento; y no es efectivo, como se ha propalado, que Barros Arana lo considerase uno de tantos "porros". Se me permitirá que en esta parte acuda a mis recuerdos personales. No era el historiador, como se sabe, muy piadoso en el juzgamiento de sus contemporáneos. Sin embargo, en el curso de nuestras conversaciones, varias veces se aludió a Letelier y nunca le oí emitir ese concepto; por el contrario, en alguna ocasión me dijo que allá en los tiempos en que fué su alumno, Letelier mostró buena capacidad, sin que ello significara que fuera sobresaliente. Lo que había era que su inteligencia no se manifestaba con el brillo de la concepción rápida, de la frase viva, del desplante satisfecho de quien domina un tema de su agrado. El estudiante era más reflexivo que hablador, de una mentalidad más segura en el pensar que pronta en el decir. No obstante, su hoja de estudios fué meritoria. Aprobado simplemente en las asignaturas de matemáticas, ciencias físicas y naturales, obtuvo en cambio distinción unánime en las de filosofía, historia y letras. Ello era claro indicio de su vocación.

## III

Y efectivamente, bien pudiera afirmarse que su carrera de escritor empezó en las aulas mismas del Instituto. En 1870, cuando apenas iniciaba el quinto año de las humanidades, el periódico "El Alba" dió a luz su composición en verso *La Ventera*. El futuro escritor se estrenaba con una poesía. Dos meses después el diario "La República" registraba el discurso con que el estudiante despidió los restos de un camarada de apellido Riveros. "Oración Fúnebre" llamó él pomposamente esta pieza. Al año siguiente insertaba, en "El Alba" también, un artículo sobre Andrés Bello y dos artículos sobre enseñanza obligatoria. El publicista que llegaría a ser, tanteaba sus primeros pasos; y los tanteaba escribiendo sobre un tema que apenas se proponía seriamente por aquellos años, como una aspiración remota. Medio siglo pasaría, en efecto, y sus ojos no alcanzarían a ver la educación obligatoria reconocida siquiera en la ley; que en cuanto a verla implantada en la práctica... ;ni acaso en un siglo más!

Pero no era sólo eso lo que el colegial había escrito durante los años 1870 y 1871. En un cuaderno que guardaba como memorias de su adolescencia y al cual llamó *El Murmurio*, se conservan inéditos muchos versos de aquellos años, junto a otros compuestos con posterioridad, o publicados en diferentes periódicos, hasta 1875. En ese mismo cuaderno hay además ensayos en prosa, publicados o inéditos, que también pertenecen a los tiempos de colegial. El giro de sus inclinaciones preferentes empieza a definirse en esos primeros trabajos; y es lo único que autoriza para considerarlos aquí; porque, apreciados intrínsecamente, no habría para qué acordarse de ellos (d).

En el verso canta el amor, la amistad, la belleza, la dicha, la ambición, el saber; y más de un sentimiento le inspiran una humilde malva, una modesta cruz o el recuerdo de una emoción vivida; pero su imaginación también idealiza la historia; y en un diálogo entre Colón y Bolívar alza su estro lírico hacia los

---

(d) El cuaderno a que nos referimos está encabezado de puño y letra de su autor como sigue: EL MURMURIO, o colección de mis cantos y escritos en prosa y en verso. Santiago, agosto 26 de 1870. VALENTÍN LETELIER. 1872, en la rúbrica. La familia del escritor conserva este cuaderno, del cual hemos podido disponer, gracias a la bondad de su hija, Beatriz Letelier de Merediths.

destinos de América. Este diálogo data de junio de 1870. Una elegía a la memoria de su hermana Teodolinda, muerta en 1871, expresa la nostalgia de aquella comunidad de hogar tanto tiempo abandonada. A trueque de un verdadero arte, hay en todo eso nobles impulsos de sinceridad. Hay en todo eso también cierto sentimentalismo apasionado pero suave, sin exageraciones ni vértigos, en que la adolescencia se expande con el aroma natural de los brotes silvestres.

Acaso guste al auditorio conocer algunos renglones de estas primicias del colegial que tanto ruido haría más tarde con sus obras. *La Ventera* está fechada en el cuaderno del autor el 22 de mayo de 1870 (a los 17 años y medio de edad); y es la primera de sus producciones que se haya publicado. "Un anciano sale al camino a hablar a la ventera de este modo":

¿A dónde vas, pobre niña,  
con el cesto en la cabeza  
y en el rostro la alegría  
caminando presurosa?  
¿En qué tu mente se fija  
que esa sonrisa dibuja  
tu labio, mientras caminas,  
y tus ojos el contento?  
¿Qué palacios te fabricas  
en el punto adonde corres?  
¿Piensas tú que las fatigas  
vas a dejar para siempre?

No vayas al pueblo, niña;  
tus frutas vende en el campo,  
que allá en las calles perdida  
encontrarás el sarcasmo,  
mas nunca una mano amiga.  
Vas a vender esperanzas;  
te pagarán con la envidia,  
y te darán mil engaños  
por tu confianza sencilla.  
No te formes ilusiones  
por lo que ves en la vida;  
que las palabras que oyes  
son estudiadas mentiras;  
son miseria los palacios  
que desde lejos admiras;  
y la virtud en los otros,—  
que no en ti,—es hipocresía;  
insultarán tu pureza;

y sin una mano amiga,  
perderás tus ilusiones  
antes de perder la vida.  
No podrás amar a nadie  
sin encontrar la perfidia,  
ni socorrer al hambriento  
sin dar al malo comida.  
Vuelve, vuelve, pobre niña,  
vuelve a tu choza de paja  
do con un poco de harina,  
sin ambición y sin penas,  
vivirás vida tranquila,  
exenta de desengaños.

Toma un ejemplo en mi vida,  
en mí que ya soy anciano;  
también yo tuve un mal día  
en que, deseando la gloria,  
mientras al pueblo corría  
en mi labio dibujaba  
de esperanza tu sonrisa.  
También como tú pensaba  
hallar placentera dicha  
y asegurar mi descanso;  
también como tú creía  
hallar virtud, inocencia;  
y encontré sólo falsa,  
fastidio y aburrimiento.  
Y la gloria apetecida,  
adulación engañosa  
se volvió por mi desdicha:

el árbol de mi esperanza  
así presentó marchitas  
las hojas que fueron verdes.  
No vayas, no, bella niña,  
a la ciudad de los hombres.

Observa el camino; mira,  
cuántos vuelven sin fortuna  
qué ricos ídose habían,  
con la sonrisa en los labios,  
en el rostro la alegría  
y en el pecho la esperanza;  
y vuelven, la fe perdida,  
perdido cuanto llevaban;  
y acosados por la envidia  
y llenos de desengaños,  
fruto amargo de la vida,  
vuelven tarde a sus cabañas.  
Mira hacia el pueblo, hija mía;  
hay muchas puertas de entrada  
y una sola de salida,  
la puerta del desengaño.  
¿Y si te encuentras perdida  
allá en medio de las calles

y sin una mano amiga,  
no verás más tu cabaña?

Observa, niña sencilla,  
lo que a tu lado sucede:  
el que lleno de alegría  
parte, muy pronto se vuelve,  
y los que tristes, sin vida  
se vienen, no se van nunca.  
¿Y tú, ventera sencilla,  
del fruto de la esperanza  
en tu estrella tanto fias  
que caminas tan resuelta?  
¿Así desprecias, ¡oh, niña!  
los consejos de un anciano?  
¿Así dejas la guarida  
de tu cándida inocencia?  
No vayas al pueblo, mi hija;  
vuelve a tu choza de paja;  
vé al prado; en la canastilla  
en que llevas esperanzas  
recoge todos los días  
la nueva flor del contento.

#### IV

Las poesías posteriores del joven Letelier no parecen tan dignas de ser conocidas como la que se ha leído, sobre todo si se considera el criterio artístico de nuestro tiempo. Los bosquejos en prosa son principalmente de crítica literaria. Las tragedias clásicas "El Prometeo" y el "Edipo"; el "Macbeth" de Shakespeare; "María" de Jorge Isaacs; "La Encina y la Caña" de La Fontaine, atraen de preferencia la atención del estudiante. Hay entre sus temas, sin embargo, dos que conviene subrayar. Es el uno la relación o cuento de ciertas observaciones campesinas que él apunta bajo el rubro de *El Emigrado*; es el otro su juicio de las "Consideraciones sobre la Grandeza y Decadencia de los Romanos", el conocido libro de Montesquieu. Ninguno de ambos ensayos ha visto la luz pública, ni parece que el autor los destinara a ese objeto.

*El Emigrado* data de 1871; y plantea sentimentalmente un problema de alcance social, el de la emigración de nuestros campesinos hacia los desiertos del salitre y del cobre, pertenecientes entonces al Perú y a Bolivia. Es bien sabido que por aquellos

años llegó esta emigración a causar alarma entre los agricultores del Sur, porque los privaba de brazos; y que los "enganches" o contrataciones de las empresas de aquellos países eran a menudo falaces, con promesas y halagos que no se cumplían. Por lo demás, la emigración seguía a la vez la ruta de los Andes, hacia la Argentina.

El reflexivo colegial admira el valor y la osadía del jornalero chileno. Parte ilusionado a la conquista de una fortuna o de una ganancia que le permita mejorar su condición y la de su miserable familia; pero abandona a los padres, a la mujer y a los hijos, que quedan desolados en su espera, sufriendo las más penosas angustias. Más que un problema social y económico, aquello es una tragedia humana. Tal es el argumento de *El Emigrado*. El observador inquiere las causas del mal; y las encuentra en la mísera proporción de los salarios con respecto a las necesidades de la vida y en el abandono en que yace el campesino. Este hombre es patriota como el que más y nunca desdeña ni olvida el terruño.

He aquí las líneas pertinentes: —"El aumento rápido de la población y la permanencia de salarios exigüos, han traído la miseria a las clases menesterosas y han arrojado al proletario de su propia choza, donde ya no cabe, del seno de su familia, que ya no alcanza a saciar su hambre. A pesar de este abandono en que lo deja su patria y aunque él mismo la abandona a su vez, no la olvida nunca; jamás al partir pronuncian sus labios las palabras profanas del orgullo romano: "ingrata patria, no poseerás mis cenizas". Siempre, en todas las épocas de su vida, en todos los estados de su condición, tiene un recuerdo y una lágrima para el amigo, para su familia, para su esposa adorada; y en cualquier país, por más lejano que sea, adonde lo haya conducido el destino, está constantemente mirando hacia el lado del horizonte donde dejó perdida su patria: recuerda el florido valle, el rancho pajizo; se enternece, tal vez llora, y exclama: "¡Cuándo volveré allá!"

El estudio de las "Consideraciones sobre la Grandeza y Decadencia de los Romanos" es el desarrollado más extensamente y es el que mejor revela su temprana madurez mental. Está fechado en abril de 1872, meses después de haber dejado las aulas del Instituto. No necesitamos decir lo que ese libro de Montesquieu significa, en cuanto a capacidad de reflexión para comprenderlo y a delicadeza de gusto para apreciarlo. Superior, en

el juicio de muchos, al “Espíritu de las Leyes”, como obra acabada y perfecta,—no obstante su brevedad,—es el primer ensayo de filosofía de la historia o de historia sociológica que se haya escrito. Realzado por el tono sereno y la escrupulosa precisión del lenguaje, figura en el catálogo de los pocos libros que nunca envejecen. No importa que la erudición moderna haya rectificado muchos de los datos que tuvo en vista el autor para sus reflexiones y que la historia romana se haya rehecho totalmente desde que en 1734 se publicó aquel libro; lo cierto es que su juicio de los sucesos y de los hombres queda en pie y que “nadie ha penetrado mejor,—al decir de Sainte-Beuve,—en el ideal del genio romano”. De seguro este libro cayó bajo los ojos del estudiante para un simple ejercicio de traducción; pero, ¡cuán honda huella hubo de labrar en su mente! Desde entonces la historia romana fué para Letelier el gran archivo de experiencias (e).

Con extrañeza no exenta de asombro se revisan las páginas del joven estudiante, relativas a Montesquieu. Ha leído detenidamente los tres libros fundamentales del gran pensador. “El Espíritu de las Leyes” le parece una magna obra, de proyecciones políticas imponderables; pero de cierto valor circunstancial; obra principalmente de ciencia y estudio, que vivirá mientras haya gobiernos y pueblos que necesiten de sus inspiraciones. Las “Cartas Persas” son más bien un producto de ingenio, una sátira de crudo realismo, que siempre gustará leer con miras de simple solaz. En cambio, las “Consideraciones” constituyen un libro que pertenece a la humanidad entera, de ayer, de hoy y de mañana; porque entraña generalizaciones provechosas para todos los tiempos y lugares. Traduce algunos acápites y agrega: “He ahí a Montesquieu, el filósofo de la historia. Cuando se le ha leído una vez en cualquiera página, se le reconoce donde se le encuentre. Siempre la misma energía de estilo, la misma penetración de inteligencia, la misma profundidad de pensamiento, la misma sagacidad de juicio”.

Hemos comparado esta crítica con la de Barros Arana, el profesor de literatura cuyas lecciones Letelier oyó en el Insti-

---

(e) El título exacto de la obra aludida es, en su original, *Considérations sur les causes de la grandeur de romains et de leur décadence*. Véase MONTESQUIEU, *Oeuvres Complètes* (Ed. Lahure, París, 1856). Vol. II. Cf. SAINTE-BEUVE, *Profils et Jugements Littéraires* (Bibliothèques Larousse, París, 3 vols.) t. II, p. 67; y ALBERT SOREL, *Montesquieu* (Ed. Hachette, París, 1889). pp. 54-5.

tuto; y en nada se parecen. La apreciación sintética de Barros Arana, referente a Montesquieu, comprende dos páginas de su Historia Literaria; y naturalmente, una de ellas está consagrada a poner en relieve "El Espíritu de las Leyes", mientras que a las "Consideraciones" les dedica unas cuantas si bien conceptuosas líneas. Es superfluo dejar constancia ahora de que la crítica de los últimos años se inclina en el sentido de Letelier. Si "El Espíritu de las Leyes" no envejece, es porque en él ha podido descubrirse la raíz de algunos conceptos geográficos y sociológicos a que más tarde se ha dado un desenvolvimiento extraordinario.

Otra de las lecturas de Letelier, que más huella habían de dejar en su espíritu, fué el "Bosquejo de los Progresos del Espíritu Humano", el magnífico cuadro histórico de Condorcet, todavía clásico ahora mismo. Como lo veremos en su lugar, más tarde había de emprender la traducción de este libro y precederla de la biografía de su autor; porque fué desde aquel tiempo uno de sus manuales de cabecera.

## V

Para el estudiante de humanidades la hora del Bachillerato es solemne. Letelier llegó a ella con una preparación sólida, pero en una deprimida situación de ánimo. La ruina de su casa se había consumado poco antes; ya no podía contar seguramente más que consigo mismo; la incertidumbre de su carrera posterior lo agobiaba. Pronto estaría a un paso de la Universidad, pero el problema iba a ser de qué modo subsistir. Sin arredrarse en definitiva por eso, sorteó la cédula reglamentaria y el 5 de enero de 1872 se presentó a examen. Los examinadores eran Diego Barros Arana, Ramón Briceño y Baldomero Pizarro. El candidato mereció aprobación. Recordamos estos nombres porque, en cuanto al primero, ya sabemos lo que para el joven Letelier significaba; y porque, en cuanto al último, Pizarro, con el correr del tiempo había de situarse en la más antagónica e ingrata de las posiciones, delante de su examinando del año 72. Aludimos a su apasionado informe del año 1900 contra *La Evolución de la Historia*, oponiéndose a que el Consejo de Instrucción Pública le discerniera al autor el premio reglamentario que, en definitiva, el Consejo le otorgó.

El bachiller ingresa en el mismo año 72 a la Escuela de De-

recho y busca afanosamente un empleo. Hay constancia de que sirvió como inspector suplente, por cortas temporadas, en el mismo Instituto de que acababa de salir; y es probable que por entonces no obtuviese mucho más; pero al año siguiente sentó plaza de profesor de historia en el Instituto Americano, colegio particular que gozaba de prestigio y en el cual permaneció hasta 1874. Fué su iniciación en la carrera docente. La historia era su ramo predilecto; pero la historia comprendida a la manera de Montesquieu, como una síntesis de alcance filosófico y social; y esta concepción no haría sino arraigarse y definirse mejor en su espíritu, a medida que el horizonte del estudio se ensanchaba.

Estudiante universitario y profesor libre a la vez, gozaba de la independencia de juicio conveniente para observar con provecho la realidad circundante. Estaba solo, lejos del hogar, entregado a su suerte, dueño de su propio destino. La solicitud cariñosa de la madre, el consejo prudente y oportuno, acaso la piedad sedante de las dudas sobreexcitadoras, todo eso que afina la sensibilidad juvenil le hacía falta. Hay quienes a esos años suplen la caricia del hogar con los atractivos de la tertulia amiga o con los espasmos del libertinaje; otros, los menos, con la meditación y la lectura. El joven Letelier fué uno de estos últimos. Toda su vitalidad se hizo cerebral; y los impulsos pasionales que de ordinario van del corazón a la cabeza, en él siguieron la vía contraria; fueron de la cabeza al corazón.

Su mente de veinte años se impregnó muy luego del sentimiento del deber social. Había que entregarse todo entero al servicio de los semejantes, a la causa de la justicia y del bien. La historia del desarrollo humano explicaba el mérito de esa consagración. El progreso no avanza sin el empuje de las almas selectas. Una filosofía vino pronto en su auxilio, para afianzar esas cerebraciones que fluían de la historia, tal como él la comprendía. El positivismo, que es, o lo pretende, la filosofía del progreso, se apoderó de sus facultades y penetró hasta en lo más íntimo de su ser.

